

su ejército, al mando de D. Felipe Berriozabal, habia emprendido su marcha sobre la capital.

Desde que las tropas conservadoras se reconcentraron en la ciudad de Méjico, los guerrilleros liberales se presentaron en los alrededores de ella. Entre esos guerrilleros habia, por desgracia, algunos á quienes el gobierno de Juarez habia mandado poner presos, y que, sin embargo, continuaban abusando de la fuerza de que disponian. Uno de ellos era Carbajal cuyo sistema de proporcionarse recursos era lo menos ceñido á la justicia. Conocedor del terreno y sabiendo la impotencia á que se hallaba reducido ya el gobierno conservador, llegó el 28 de Noviembre, á la villa de Guadalupe, y se llevó al canónigo D. Mariano Mesa, al cura D. Mariano Carrion y al religioso D. José Aguirre, á los cuales no dejó en libertad hasta que no dieron la suma que les asignó por ella. Pocos dias antes habia sido llevado, por otro guerrillero, el canónigo Carpena, hombre anciano, achacoso y respetable, á quien se impuso un rescate de cinco mil duros que dió para conseguir su libertad.

Entre tanto las tropas liberales regularizadas seguian su marcha hácia la capital, y la primera division de su ejército, al mando, como he dicho, de D. Felipe Berriozabal, llegó á Toluca, en cuya ciudad fué muy bien recibido por la prudente conducta que habia observado allí siempre que la habia ocupado. Marchaba en compañía de Berriozabal el general D. Santos Degollado, á quien D. Benito Juarez habia destituido del mando del ejército federal, como vimos por un decreto que he dado á conocer anteriormente. El mando le habia sido transmitido á D. Jesús Gonzalez Ortega;

y éste lo dió á conocer así á los gobernadores de los Estados, enviándoles desde Guadalajara, con fecha 27 de Noviembre, el decreto de Juarez.

1860. Don Santos Degollado desde aquella destitucion que le lastimó hondamente, se reunió á la division de Berriozabal.

Diciembre. El dia 27 de Noviembre dió éste, como gobernador del Estado de Méjico y general en jefe del mismo, una proclama, expresando su gratitud á los habitantes de Toluca, y manifestando que muy pronto continuaria su marcha al frente de la division del Estado, para incorporarse al grueso del ejército que debia operar sobre Méjico. «Esta hermosa ciudad,» decia hablando de la capital de la república, «tendrá que lamentar muy en breve los desastres de la guerra, y quiera Dios, que para ocuparla el gobierno constitucional, no tenga ella que sufrir la misma suerte que Guadalajara. Muy posible es que la gente inerme y pacífica venga á buscar asilo en el Estado. ¿Lo encontrará? El deber me ordena disminuir hasta donde me sea posible los males consiguientes al sitio y asalto de que va á ser teatro la hermosa capital de la república, ofreciendo á los que emigran, seguridad en los caminos que he hecho custodiar, y toda clase de garantías en las poblaciones, y á la gente menesterosa impartirá el gobierno todos los auxilios que pueda, confiando en que los ciudadanos del Estado sabrán secundar eficazmente los esfuerzos que haga á este propósito. Al dirigirme á los habitantes del Estado, me complazco en tributar cordialmente un testimonio de reconocimiento al vecindario de esta capital, por las públicas manifestaciones de adhesion que

»acaba de hacer en favor de la causa de la libertad y del
 »progreso, y me ha llenado de una noble satisfaccion el
 »comportamiento generoso y magnánimo de un pueblo co-
 »mo el toluqueño, que ha sabido dar muestras del mas
 »puro entusiasmo, sin mancharse con la represalia provo-
 »cada por recientes agravios, que serán castigados severa-
 »mente por la autoridad respectiva.

»Conciudadanos: aun nos falta que hacer algunos sacri-
 »ficios para el completo restablecimiento de la paz y tran-
 »quilidad pública; pero entre tanto os conjuro solemnemen-
 »te á nombre de la libertad sacrosanta, para que conti-
 »nueis marchando, como siempre, por la segura senda del
 »acatamiento á la ley, de la obediencia á las autoridades y
 »del respeto á las garantías individuales.

»Dios, independencia, libertad y reformas. Toluca, No-
 »viembre 27 de 1860.—*Felipe B. Berriozabal.*»

Mientras el general constitucionalista D. Felipe Berriozabal se ocupaba en Toluca de dictar las providencias que juzgaba mas acertadas para el buen gobierno, así como para continuar su marcha con la division de su mando, Miramon y Márquez ideaban la manera de darle un golpe de mano, sorprendiéndole de repente.

Concebida la idea, pronto dispusieron el plan; y con la mayor reserva y sigilo, salieron ambos, el 8 de Diciembre, al frente de tres mil quinientos hombres de infantería, caballería y una seccion de artilleros, pero sin cañones, pues se trataba de hacer uso de los mismos de los liberales de que creían apoderarse por sorpresa. Don Miguel Miramon que era sumamente sagaz, discurrió un medio de engañar á la primera avanzada que encontrasen, capturarla y evi-

tar así que pudiese dar la voz de alarma. Para lograrlo, hizo que la descubierta de exploradores vistiese el mismo traje que usaban algunas fuerzas liberales, y que fuese conducida por un oficial que habia pertenecido á la compañía constitucionalista de Mosqueteros, que pocos dias antes habia abandonado las filas liberales. Disfrazada así la descubierta de exploradores, en la mañana del 9, á las dos horas de marcha, sorprendió y redujo á prision en el camino del Mayorazgo, á una compañía de liberales, llamada, como he dicho, de Mosqueteros, la cual engañada por el traje y porque iba á la cabeza de la descubierta uno de sus antiguos oficiales, cuando advirtió el engaño, no pudo hacer uso de sus armas. Esta sorpresa dada á la gente de mas confianza de la division de Berriozabal, por componerse toda de oficiales y empleados, fué de funestos resultados para los constitucionales.

Dado aquel golpe que le privaba á Berriozabal de todo aviso, D. Leonardo Márquez, cumpliendo con lo que habia dispuesto Miramon, comunicó las órdenes necesarias para tomar la plaza de Toluca por sorpresa, desenvolviendo el plan de ataque que habian formado él y D. Miguel Miramon. Con este objeto, el general Márquez previno al general D. Miguel Negrete que, tomando á sus inmediatas órdenes la tercera brigada de su division, compuesta de los batallones 6.º y 8.º de línea, se dirigiese con ella á la plaza de armas, destinando el 6.º batallon á la toma del convento de San Francisco, y el 8.º á la del palacio departamental, protegiéndose recíprocamente ambos cuerpos, en caso necesario por la puerta que comunicaba al palacio

con el convento. Despues dispuso Don Miguel Miramon que el batallon de rifleros, con su coronel D. Mariano Miramon, hermano suyo, se uniese á la fuerza mandada por el general Negrete, marchando con la misma columna el comandante general de artillería D. Juan Espejo, con dos oficiales y veinte artilleros, provistos de sus piolas y estopines, para servir las piezas de los liberales que se disponian á coger. Los batallones 1.º y 5.º ligero, á las órdenes del teniente coronel del 5.º D. Francisco Carreon, tuvieron orden de dirigirse á tomar el convento del Cármen. La batería de montaña, con las municiones, y los batallones 3.º y 4.º ligeros, formando la reserva á las órdenes del general D. Ignacio Valle, recibieron asimismo, la de tomar el camino de la hacienda de la Magdalena, y marchar por el que conduce hasta la cumbre del cerro de Cópore, que fué designado cuartel general. Por último, la division de caballería, mandada por su general en jefe D. José Ignacio Gutierrez, tuvo orden de cubrir los caminos que salen de la ciudad, estableciendo el expresado Gutierrez su cuartel general en el Calvario, como punto céntrico de su línea, para atender á donde le conviniese.

A las once y media de la mañana llegó el ejército conservador enfrente de la hacienda de la Magdalena, donde parte el camino para Cópore; y una vez dadas por Márquez todas las disposiciones, provistas de municiones las columnas, y rectificado todo por el general Miramon, se emprendió el movimiento, tomando las tropas el camino correspondiente á su objeto, y dirigiéndose Miramon con la artillería y tropas de reserva á su cuartel general del Cópore, cuyo punto eligió para aquel fin, por ser el mas

importante en el desarrollo de su plan, ya porque desde allí se descubre toda la ciudad y podia, por lo mismo, ver todas las operaciones para atender á donde fuese necesario, y ya tambien porque desde allí podia decidir la lucha, cargando con la columna de reserva sobre el punto en que estuviese mas empeñada la accion.

1860. Media hora despues de emprendido el movimiento, llegó Miramon por el difícil camino que siguió, á la cumbre del Cópore, mientras el general Don Miguel Negrete, cumpliendo con las instrucciones dadas por Don Leonardo Márquez, se dirigió á paso veloz hácia la plaza de armas, al frente de su division, por las calles principales, victoreando al gobierno conservador. En la primera calle real de su tránsito, se dirigió á intimar rendicion á la caballería que estaba en su cuartel. Hecha esta captura sin tirar un tiro, marchó sin detenerse, para la plaza. Al entrar en la segunda calle real vió que iban hácia él, con rumbo de la plaza á que él se dirigia, tres jefes liberales para reconocerle, los cuales, al ver que era un general contrario, hicieron fuego sobre él y su estado mayor, poniéndose en fuga en seguida hasta meterse en el convento de San Francisco. Siguiendo Negrete su marcha hácia la plaza, llegó á ésta, en donde se hallaba la artillería, compuesta de doce cañones. Al verle, la fuerza de artilleros que era de 115 hombres, se apresuró á colocar sus piezas en batería para romper sus fuegos. El general constitucionalista D. Felipe Berriozabal, que se habia presentado en aquellos instantes entre los expresados artilleros para ver si podia contener con los cañones el avance del enemigo, les animaba; pero la co-

lumna conservadora se lanzó veloz sobre las piezas, no dando lugar á que las cargaran, y los artilleros huyeron, quedando, solo, entre los cañones, y rodeado de contrarios, el general Berriozabal. Negrete, que marchaba al frente de sus soldados, se arrojó sobre Berriozabal, preparando su pistola: el segundo preparó la suya, y ambos dispararon mutuamente sus armas, sin que la bala de ninguno tocase al otro. Berriozabal, portándose con verdadero arrojo, logró poder retirarse, y se dirigió al convento de San Francisco, situado en la misma plaza.

En los momentos en que los conservadores se apoderaban de los doce cañones que constituian toda la artillería de Berriozabal, este volvía á salir por el átrio del convento, al frente del primer batallon ligero de Toluca, con objeto de recobrar la artillería; pero su heróico esfuerzo fué inútil, pues despues de un reñido combate, se vió precisado á replegarse al interior del expresado convento. Resuelto á defenderse á todo trance hasta el último momento, Berriozabal tomó todas las alturas del convento, y desde allí hizo una vigorosa resistencia á las tropas de Negrete que trataban de apoderarse del edificio. Sin embargo todo fué inútil, pues agotadas las municiones, se vió precisado á rendirse con 36 jefes y oficiales y 401 hombres de tropa.

Al mismo tiempo que el general Don Miguel Negrete se apoderaba del convento de San Francisco, el hermano del general Miramon, D. Mariano, lograba hacer lo mismo con el convento del Cármen, cogiendo prisionero á todo el batallon de la Reforma con todos sus jefes y oficiales. En una palabra, el triunfo de los conservadores fué com-

pleto en esta accion. Artillería, gran número de armamento, carros con municiones, vestuario, material de guerra, todo cayó en poder de ellos. Entre los prisioneros, se contaban el general de division Don Santos Degollado, los de brigada Don Felipe Berriozabal y Don Juan N. Govantes, los coroneles Don Benito G. Farias y Don Ventura Paz, los tenientes coroneles Don José Juarez y Don Luis Legorreta, los comandantes de batallon así ^{1860.} Diciembre. como los de escuadron Don Jesús Salce, Don Julio Cervantes, Don Vicente Lebrija y Don Cárlos Morales, quince capitanes, un segundo ayudante, cinco tenientes, un sub-ayudante, siete subtenientes, dos alféreces y mil trescientos diez y nueve individuos de tropa.

Los generales Degollado, Berriozabal, Govantes y otros de los muchos jefes constitucionalistas hechos prisioneros, no dudaron que serian pasados por las armas inmediatamente; pero afortunadamente sus temores no se realizaron. Por el contrario, el general D. Leonardo Márquez, á quien algunos de ellos no quisieron atender cuando propuso el armisticio al ir á socorrer Guadalajara, alcanzaron toda clase de consideraciones de él, y les condujo á la capital sin que sufriesen el mas leve daño. Una vez en Méjico, se les dispuso por prision uno de los principales salones del palacio nacional, donde se les proporcionó cuanto era indispensable á la comodidad y á la vida.

La victoria de Toluca, no se manchó, pues, con ningun fusilamiento. El abate Domenech, escritor francés, ha dicho que Berriozabal «no debió la vida mas que á la »intervencion del ministro de Francia en Méjico M. de »Saligny;» pero esto es un error. El primero de los envia-

dos extranjeros que se interesó por la vida de los prisioneros, fué el embajador español Don Joaquin Francisco Pacheco. Este hombre de estado, apenas supo lo acontecido, pasó inmediatamente á palacio, para hablar con los ministros de Miramon y pedirles que no se fusilase á ningun prisionero, y sobre todo á los generales. Los ministros de Miramon le manifestaron que el gobierno tenia resuelto no fusilar á nadie, y así lo comunicó el embajador español á la corte de Madrid en un despacho enviado á su gobierno. En el mismo despacho decia el referido embajador de España lo siguiente: «Entre los equipajes del general Degollado »se encontró una correspondencia numerosa, y con ella »un plan de ataque contra Méjico, extendido de letra de »Mr. Mathews, el encargado de negocios inglés, de quien »he hablado á V. E. en tantas ocasiones. El gobierno ha »publicado su traduccion que incluyo, y yo mismo he »visto el original y reconocido perfectamente la expresada »letra de su autor.»

Todos los actos del embajador español Don Joaquin Francisco Pacheco llevaban el sello de los sentimientos mas nobles hácia Méjico y los mejicanos de ambos partidos. Anhelaba con todo su corazon que pusieran fin á sus contiendas políticas por medio de un convenio que les uniera para siempre, y era el primero en pedir por la vida de los prisioneros. Su leal conducta y el aprecio que se hacia de su saber por los hombres instruidos de uno y otro bando, produgeron benéficos resultados para aquellos españoles radicados en el país, que vivian en haciendas de campo y cortas poblaciones. Una carta dirigida el 15 de Setiembre al expresado embajador y firmada por mas

de cuatrocientos compatriotas suyos, demuestra la verdad de ese cambio favorable. Le decian en ella, que «habian sido grandes las esperanzas que los españoles residentes en la república mejicana concibieron al verle llegar revestido del alto carácter de representante de su soberana, y que estas esperanzas no habian sido engañadas, puesto que apenas habian pasado tres meses de haber llegado á la capital, y ya se veia aliviada la suerte de los españoles en medio de la guerra civil que tenia ensangrentado el suelo mejicano.» Añadian que «á él se debia el que los dos partidos que sostenian la lucha, fuesen mas justos con los españoles: que era obra suya el que el gobierno de Méjico se hubiese prestado gustoso á las reparaciones que exigian los intereses lastimados de muchos de ellos; y que ante él, no solo habian encontrado benévola acogida, sino que ocurriendo á su proteccion, no habian tardado en obtener un éxito favorable.» Seguian diciendo que «lo mismo pasaba respecto del partido que combatía al gobierno establecido en la capital;» que «la suerte de los españoles habia mejorado ante él por su eficaz mediacion; que esta era causa de que se hubiesen dado órdenes á los jefes de las fuerzas beligerantes para que respetasen las personas y propiedades de aquellos; que debido á esa mediacion era el que se hubiese tratado de castigar á los autores de los nuevos asesinatos que se cometieron en la hacienda de San Vicente, así como de otros agravios semejantes, y que por ella en fin, se habian visto exentos en aquellos últimos dias, de préstamos forzosos y demás exacciones violentas que antes eran comunes.»

La buena disposicion que habia hácia el embajador espa-